

Tradicionalmente México ha sido un país violento, en donde la propia consolidación de su etapa moderna se ha gestado a través de numerosos movimientos armados, teniendo como referente principal el proceso revolucionario de principios del siglo veinte. La represión a los movimientos sociales fue uno de los rasgos distintivos que el Partido Revolucionario Institucional (PRI), como partido en el poder, asumió durante los setenta años que gobernó al país.

Sin embargo, en los últimos años se ha venido gestando un nuevo tipo de violencia, en la que se entrelazan numerosos grupos de narcotraficantes, ex policías, policías en activo, ex militares y militares en activo, funcionarios públicos corruptos, empresarios beneficiarios del tráfico de drogas y del fenómeno de “lavado” de dinero, jóvenes sin ningún futuro que son contratados como sicarios, trabajadores agrícolas que son obligados o contratados para producir marihuana, abogados, jueces y toda una serie de personajes, oficios e instituciones que de tan diversas han conformado un nuevo poder económico y político.

En el México bronco actual la violencia ha llegado a niveles jamás vistos, en donde las ejecuciones, asesinatos y aparición de cuerpos despedazados es la nota cotidiana en cualquier medio de difusión. La violencia ha adquirido también una dimensión territorial con la cual antes no contaba; la nueva geografía del país ya no se establece por las divisiones jurisdiccionales de estados o municipios sino por las regiones que tal o cual cártel de las drogas o grupo delictivo controla.

De manera simbólica el retorno del PRI al gobierno de México en diciembre de 2012 estuvo marcado por la violencia; el mismo día en que se investía con la banda presidencial al nuevo Presidente de la República eran reprimidos y encarcelados jóvenes, principalmente estudiantes, que se habían caracterizado por representar la oposición más clara al proyecto que ese partido impulsó para llegar al poder. Estos acontecimientos refrendan el carácter autoritario del Estado mexicano y del régimen priísta que, es muy probable, continuará ejerciendo la represión ante la eventualidad de perder control o espacios en el ejercicio del poder político.

La situación de la violencia en México no ha tocado fondo, ni lo tocará en la medida en la que no se logre articular una propuesta integral que ofrezca educación, empleo digno y mejore las condiciones de vida de los millones de compatriotas que viven en la más extrema miseria. La acción militar y policiaca en contra del crimen por si sola será incapaz de reintegrar las regiones del país a una situación de tranquilidad y progreso.

En esta entrega de Ciudades y Regiones se brindan algunos elementos de discusión sobre la forma en que la violencia se ha extendido por las regiones del país, sus antecedentes en la historia reciente y su geografía actual.